

APÉNDICE II

CONSIDERACIONES QUE PUEDEN SER MUY ÚTILES Á LA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA

Prueba son las acusaciones dirigidas por Gibbon contra el Cristianismo y que hemos citado más arriba, de que, si quieren librarse de muchos errores, no sólo el orador y el poeta, sino también el historiador, necesitan conocimientos profundos del hombre, fundados en estudios serios de sí mismos.

La cuestión que ha presentado Gibbon es digna de particular atención. Quien tan desdeñosamente ha hablado del Cristianismo, no merece que se dé á sus palabras la menor importancia, aunque celebren algunos todavía su nombre. Goza como escritor y con razón, de la reputación de talento delicado y calculador, pero frío; como hombre, era materialista, sin corazón, sin sentimiento, profesaba el más profundo desprecio por la humanidad doliente, aun cuando quería hacer creer que tomaba parte en sus dolores; pero el motivo que le inspiraba estas palabras era el mismo que le hizo escribir estas otras: «derecho, verdad»; quería simplemente apuntalar su vanidad sin límites, y su deseo de celebridad. ⁽¹⁾ Tan extraña le era la humanidad como la filosofía, la modestia y la renuncia de sí mismo. En fin, fácil es concebir lo que podía hacer la religión con este hombre, que en su juventud había sido católico, después, cediendo á los deseos de su padre, se hizo protestante, y finalmente, fué fanático entusiasta de Voltaire. ⁽²⁾

(1) Schlosser, *Geschichte des XVIII Jahrhunderts*, (3) III, 616 y sig.

(2) Gaetschenberger, *Geschichte der englischen Litteratur*, IV, 89.

Es, pues, clarísimo que no le habían de ser muy simpáticas las luchas del corazón que impone el Cristianismo.

¿Cómo Gibbon iba á comprender esa lucha difícil que viene sucediéndose hace tantos siglos? ¿cómo podía entusiasmarse por ella, él que jamás supo comprender que pudiera domar el hombre sus pasiones, y trabajar por el ennoblecimiento de su alma? Pero, si jamás tuvo el menor presentimiento de esa vida especial, de las rebeliones que en las naturalezas enérgicas provoca toda tentativa para realizarla; si no conoció ni la duración de esa lucha, ni la fuerza que es necesario desplegar para dar á esa guerra un fin conveniente, ¿cómo podía formar juicio equitativo y razonable, á la vez, como historiador, sobre la vida de otros, ni sobre la época en que había llegado á su grado máximo el calor de esa lucha? Á pesar de todo, no se cansa de repetir hasta la exageración, á veces, la condenación de los tiempos en que comenzó á extenderse el Cristianismo.

¿Qué importa que el moderno Ajax, ese hombre rebelado contra Dios y separado de la humanidad, hablemos de Juan Scherr, no encontrando en su estúpido furor ningún bloque bastante pesado, y no dejando ninguna piedra en su camino, tome también este asunto para mostrar cuán insensata es la habladuría de la Iglesia, esta buena institutriz, que quiso mezclarse en la enseñanza y en la civilización de los pueblos? «Sí, exclama, haciendo mucho ruido; la introducción del Cristianismo en los francos demuestra precisamente que no pueden imaginarse más detestables frutos que los que produjo en aquella época. ¿Cómo no había de ser así? La Iglesia de aquellos tiempos era también bárbara, grosera y depravada; ¿cómo podía contener la barbarie? Aquel Cristianismo no tenía noción alguna de la verdad, ni sentimiento de justicia; no tenía ni oscuro presentimiento, y mucho menos, idea clara de la manera de mejorar y ennoblecer al hombre; debía, pues, la Iglesia comenzar por salir de la barbarie, é ir á la escuela

del paganismo, antes de ejercer acción eficaz sobre el paganismo germánico». (1)

Así hablaba aquel desgraciado que tenía la costumbre de ir á buscar motivos de orgullo donde no encuentran otros sino motivos de vergüenza. De ahí que, semejante á su antiguo predecesor, se vió obligado

«Á colocar su tienda lejos de la orilla
»Del mar, muy lejos de su pueblo,
»En rincón apartado»... (2)

Desgraciadamente, no es el único que aparece en este tan poco noble campo; el que se propone tirar piedras al huerto de Dios, puede estar seguro de que habrá quien le acompañe. Un profesor de teología protestante tuvo fuerzas para lanzar contra la Iglesia una piedra que en su camino había dejado nuestro loco Ajax. «La conversión de los germanos al Cristianismo, dice Roskoff, no contribuyó al ennoblecimiento de aquella raza, sino á su decadencia». (3)

Sólo faltaba que degenerasen los germanos por haber aceptado el Cristianismo. La gloria de invención semejante quedaba para otro historiador, Wachsmuth, que hace consistir toda la historia de la humanidad en sangre y encienso, y que ve los lados luminosos con los mismos ojos que los del pájaro de Atenas. No quiere, dice, hablar en el sentido de Gibbon. (4) Entre tanto podría afirmarse que la doctrina cristiana sobre la remisión de los pecados y la penitencia y el amor á la ortodoxia, fueron la causa de que los francos convertidos se precipitasen tan profunda y resueltamente en todos los crímenes. (5) Después de diez siglos de existencia, era todavía incapaz la Iglesia de hacer nacer la moralidad. (6)

Si acaso faltase claridad á estas palabras, la encontrarían en la persona de Mannert que lleva la estupidez has-

(1) Joh. Scherr, *Deutsche Cultur = und Sittengeschichte*, (6) 60 y sig.

(2) Sophocl., *Ajax*, IV, 5.

(3) Roskoff, *Geschichte des Teufels*, II, 60 y sig.

(4) Wachsmuth, *Europäische Sittengeschichte*, I, 118 y sig.

(5) Id., id., I, 230.

(6) Id., id., II, 356.

ta escribir que: «si fué peor Clodoveo después del bautismo de lo que había sido antes, se debió únicamente á la influencia del clero ortodoxo». (1)

Cierto, después de la victoria del Cristianismo, vióse aparecer una barbarie en apariencia más grosera que nunca; y se han necesitado siglos para que los pueblos que con sus invasiones habían inundado el mundo meridional, semejantes á un trozo de granito informe, fuesen tallados y dispuestos con arte para la construcción del edificio.

¿Acaso se construyó en un día la Catedral de Colonia? Con tiempo y con trabajo; ¿no ha resultado una obra más sólida que esos edificios que precipitadamente se hacen de barro, y que quedan terminados en medio estío?

«Fácil es comprender que se rebelase la fuerza invencible de aquellos pueblos convertidos por los vencidos en medio de sus expediciones victoriosas, cuando pesaba sobre su cuello indomable el poder del yugo de Jesucristo, y cuando sentían que ese poder los abrasaba interiormente». (2) No hay más que tomar las cosas al natural; se explican por sí mismas.

Pero si además se los considera desde el punto de vista sobrenatural, se hallará la prueba de que, no contento el Cristianismo con prescribir algunos ejercicios exteriores á los nuevos convertidos, dejándolos por lo demás tales como eran, se apoderó de su corazón con inexorable celo como lo hace todavía con cada uno de los individuos. Si de buen grado se somete alguno, poniéndose de su parte, el resultado será consolador para él. ¿Se rebela? Tiene que expiar su falta, no sólo con la rebelión de todas las malas pasiones que consigo lleva, sino también con la completa depravación de su propia persona. «No es la doctrina cristiana un líquido hechicero que hace rejuvenecer en una noche». (3) Mas tampoco es de esas medicinas que no hacen jamás mal, porque tampoco hacen bien; empleada con dis-

(1) Mannert, *Geschichte der alten Deutschen*, I, 117.

(2) Cf. Waitz, *Deutsche Verfassungsgeschichte*, (2) II, 81 y sig.

(3) Cf. *infra*, XXI, 1.

cernimiento, favorece; mal empleada, perjudica. Ciertamente no es nota infamante para ella, es más bien título de gloria; como su Fundador, «ha sido puesta para ruina ó para levantamiento de muchos». ⁽¹⁾ De este modo, dan de ella testimonio los que la consideran produciendo el daño y la muerte.

Tampoco hay que dudar que muchos han encontrado la vida aceptándola. «Prueba de ello son esos magníficos ejemplos de nobles sentimientos y de santas vidas que, habiendo salido de la corrupción general, ilustraron aquellas épocas turbulentas». ⁽²⁾

Si, siguiendo el testimonio de la historia y de los poemas heroicos, reflexionamos un poco sobre los defectos de los francos y de los demás pueblos; si, por otra parte, fijamos la atención en los vicios de los corrompidos romanos y de los celtas con los cuales se mezclaron; si comparamos después aquellos caracteres con que se nos pintan en la canción de Rolando y en la historia de las Cruzadas, no podemos dejar de afirmar que es verdaderamente grandiosa la obra ejecutada por la Iglesia en aquellos rudos espíritus, y en muy escaso número de siglos. ¡No, no tiene porque ruborizarse de la historia de la conversión de los francos! Al contrario, si hay gloria que recoger, con justísimos títulos puede reclamarla ella. Nada revela mejor lo que sola ella ha podido realizar transformando figuras como las de Clodoveo y Brunequilda en las de un Bernardo, de un Luís, de un Joinville, de una princesa Isabel, que los hechos que realizaron aquellos francos y aquellos celtas, cuando rechazaron el Cristianismo. Pudo verse entonces su primitiva naturaleza en los tigres de la guillotina y en las mujeres del Mercado.

El que todavía dudase que dió pruebas de su talento el Cristianismo en la conversión de aquel pueblo, tendría razones graves para cerrar sus ojos á la verdad.

Parecerá quizá que estamos muy lejos ahora de una fi-

(1) S. Lucas, II, 34.

(2) Pfahler, *Geschichte der Deutschen*, I, 453.

losofía de la historia; no es así. ¿Cuántos historiadores hay capaces de comprender este pensamiento, tan sencillo, por otra parte, esto es, que el fruto no viene, sino después de la siembra? ¿Es tan difícil comprender que, si entra en lucha una nueva fuerza reparadora con una corrupción antigua y arraigada mucho tiempo, no es posible ser inhumano é injusto con ella? Las perturbaciones en el desenvolvimiento religioso y en el ennoblecimiento moral; en una palabra, el progreso social, ¿puede imputarse á la fuerza que ha abierto el camino á su perfeccionamiento? ¿No es más equitativo atribuir las á la obstinada resistencia de las fuerzas antiguas que hubo que vencer antes que pudieran producir fruto las ideas nuevas?

Y hay que añadir á esta resistencia que el Cristianismo tuvo que pasar el más hermoso tiempo de su juventud y de su virtud, consumiendo la mayor parte de su vitalidad en luchas mortales con salvajes y tenebrosas monstruosidades. Manifiesta esto que á veces es necesario buscar su fuerza invencible y victoriosa precisamente en aquellos acontecimientos que á observadores superficiales pueden parecer prueba de su debilidad.

Además, no hay que olvidar que si no es de este mundo el Cristianismo, vive, sin embargo, y trabaja en el mundo, y debe, por consiguiente, servirse de instrumentos que no sólo están en el mundo, sino que son del mundo. Razón tiene Bucklé en las acusaciones lanzadas contra algunos historiadores. ⁽¹⁾ No debe buscarse el motivo de todo esto, tanto en la poca extensión de su ciencia y en las preveniciones filosófico-teológicas, cuanto en su misma voluntad. Desgraciadamente, cae él mismo bajo esta acusación, más que los mismos á quienes se dirige. No se juzga del carácter de un pueblo por el gusto que los que lo forman sienten por las patatas y el arroz, ó por lo bien que saborean el aguardiente y la ginebra, sino por el círculo de ideas morales y religiosas en que vivieron sus padres y en que ellos mismos se han desarrollado.

(1) Bucklé, *Geschichte der Civilisation*, 1874, (5), I, 3 y sig.

En el fondo, cada siglo es mucho menos producto de sí, que expresión y resultado de un pasado próximo ó lejano. El magnífico sol que lució en el reinado de Luís XIV es aquella aurora que asomó ya al fin del reinado de Enrique IV y creció en el de Luís XIII. La maldición del pueblo que enturbió los últimos días de la larga dominación del gran monarca y la indecible miseria que se sintió bajo la Regencia, son, sin disputa, fruto de árboles que el mismo rey plantó. La historia debe atribuirle aquellas desgracias, pero no la dicha y el brillo de que se vió rodeado sin mérito personal, y cuyos últimos vestigios supo tan bien destruir.

¿No pudiera también creerse que el desarrollo de Inglaterra, bajo el reinado de Isabel, fué el resultado de los siglos católicos que lo precedieron, y que fueron obra suya propia las desgracias que sucedieron á su reinado? Sí, lo que se llama escribir la historia, implica con demasiada frecuencia la simple y pura apostasia con respecto á Dios y á la moral, lo mismo que la guerra declarada á la fe y á la Iglesia. Se quiere atribuir á hijos degenerados la pujanza, la prosperidad, que fueron flores y frutos de los talentos, del trabajo y de la aplicación de padres piadosos y sensatos. Mas si, aplastados por el peso de la maldición que les fué legada, vuelven á Dios los descendientes de aquellos hijos, sólo sobre éstos recae la responsabilidad de todas las miserias, de que es única causa la impiedad de sus antepasados. ¿Han, por el contrario, vencido ellos, y lo han reparado todo con la oración y el sacrificio? ¿han transmitido á sus hijos la bendición en lugar de la maldición? Se permite entonces la historia celebrar á los nietos que ha hecho orgullosos la felicidad, y que siguieron los malos ejemplos de abuelos perversos, en lugar de imitar á los padres verdaderamente buenos; los considera como creadores de la prosperidad que heredaron, y en cuyo reemplazo no han dejado sino males.

APÉNDICE III

UN POETA CRISTIANO HABLANDO DE LAS PASIONES

(Extractos de la *Psicomaquia* de Prudencio)

I.—Invocación

¡Oh Cristo! Tú que te compadeces siempre de los rudos combates de los hombres, Tú que posees la virtud del Padre, esa virtud personal, de una sola persona (porque con triple nombre adoramos á un Dios, aunque á Ti, oh Cristo, no te adoramos sólo como Dios engendrado del Padre), ¡oh Rey nuestro! enséñanos con qué armas puede arrancarse el espíritu, el mal de los pliegues del corazón, cuando en el interior de los turbados sentidos tiene origen la sedición, y fatiga nuestra alma la lucha de las pasiones. Dínos cuál será la más fuerte guardia para proteger la libertad, y cuál será el más poderoso ejército que podamos oponer á las pasiones que quieren repartirse nuestro corazón. Porque, ¡oh digno Jefe! no has expuesto á los cristianos á la desolación de los vicios, desprovistos de grandes virtudes y faltos de poderosas energías. Tú mismo ordenas á los batallones salvadores que combatan en el cuerpo sitiado; Tú mismo armas el espíritu de excelentes medios que le fortalecen á la hora del ataque y le permitan combatir y vencer por Ti.

Si es permitido describir y contemplar de cerca hasta la fisonomía de las virtudes, lo mismo que la de los monstruos que despliegan contra ellas sus fuerzas amenazadoras, ved aquí la conducta que debe seguirse para obtener la victoria.